

*héroes y tumbas* carece de héroes. Las figuras de buenas intenciones resultan ser meros interrogantes frente al porvenir. Los inclinados a la perversidad deslumbran a los esperanzados. Los personajes de Sábato comparten con los de Martínez Estrada una notable rigidez existencial; no evolucionan en sus relaciones sino que se asientan en sus respectivas monomanías.

## 4. Cuadernos para una desilusión histórica

Las ficciones de Ezequiel Martínez Estrada son, en realidad, un sub-producto o extensión de sus ensayos: variantes sobre el fatalismo, se podría decir, de *Radiografía de la pampa*, y Sábato se ha manifestado ser, si se sigue la trayectoria que va desde *El túnel* (1948) a *Sobre héroes y tumbas* (1961) y *Abaddón el exterminador* (1974), cada vez más ensayista. Aunque la amplitud y profundidad de su visión sigue siendo básicamente novelesca, los diálogos y monólogos que abundan, sobre todo en *Abaddón...*, figurarían legítimamente en cualquier nueva antología del ensayo; el espacio que separa en *El túnel* al autor y su ferozmente autónomo Juan Pablo Castel se va estrechando progresivamente para llegar a la ambigua pareja de Sábato y Sabato. Por otra parte, no cabe duda de que los dos escritores, Sábato y Martínez Estrada, se libran del molde tradicional de los géneros. Son en primer término diagnósticos y profetas de su época, y en esa función la novela, el relato y el ensayo son, más que grandes esfuerzos «artísticos», instrumentos dialécticos.

La visión histórica en *Radiografía de la pampa* y el panorama social en *La cabeza de Goliath* encuentran sus paradigmas ficticios en «Examen sin conciencia», «La inundación», «Marta Riquelme» y «La explosión». La pampa de *Radiografía* no sólo es el desierto; es la contra-poseción de los argentinos y los latinoamericanos, el desengaño, el territorio de horizontes móviles donde los descubridores y colonos se dieron cuenta que no eran más que «señores de la nada». La ciudad que nos presenta en *La cabeza de Goliath* es una colmena urbana en que reina la incomunicación. Allí se siente cierta desolación que anticipa al ambiente subterráneo y endemoniado de «Informe sobre ciegos». Para Martínez Estrada las violencias históricas del campo argentino del siglo pasado seguían reverberando mentalmente en la gran ciudad de este siglo. Lo que el inquieto Sarmiento no podía prever, según EME su biógrafo, fue la inevitable fusión de la *barbarie* y su «psicosis del terror» con la neurosis colectiva o *civilización* tecnológica del siglo XX. Ya no era cuestión de rudos americanistas contra modelos europeizantes, sino de invasores ocultos del interior del país. Uno de los invasores, en el nivel simbólico y novelesco, será el personaje más enigmático de Martínez Estrada, Marta Riquelme.

Como Juan Pablo Castel, protagonista de *El túnel* y el profeta loco de la catedral en «La inundación» de EME, Marta Riquelme interesa por la zona nocturna de su alma y también por lo que representa en términos sociológicos. Como se sabe, su nombre procede del de una protagonista de William Henry Hudson. Se recordará que aquella Marta Riquelme se enloqueció al perder a su marido e hijos y fue transformada en un buitre. Su turbulenta personalidad le incitó a Martínez Estrada a resucitarla y a darle su nuevo papel en un escenario urbano. La nueva Marta encarna, de un modo casi surrealista, varias características y funciones, todas ellas vagamente delineadas. Una de sus funciones es la de historiadora: Marta cuenta la evolución de la ciudad en que vive («Bolívar») a partir de su fundación por su bisabuelo como una finca llamada «La Magnolia»; luego el abuelo la convierte en hotel y sus parientes empiezan a llegar de provincias remotas; en pocos años el hotel se extiende en la forma de nuevos edificios y patios; después hay calles y veredas, y al fin una pululante ciudad. Socióloga y escritora de afición, Marta explica la demografía de Bolívar en forma paralela a la del Buenos Aires visto por EME en *La cabeza de Goliath*, i.e., la de la gran urbe asimiladora de la población del resto del país. Dice, «si por lo general los pueblos se forman por derramamiento de una casa hacia los alrededores, en nuestro caso ocurrió lo contrario: los alrededores fueron estrechándose y al fin la casa vino a ser todo el pueblo resumido, condensado». (*Cuentos*, 227).

Pero en este relato las ambigüedades y misterios de la protagonista superan al simbolismo ético. Marta tiene algo en común con la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas*: su familia se compone de neuróticos, alcohólicos y suicidas; ella es amante de su primo y al mismo tiempo de su tío; es personaje en el trance de su propio desarrollo novelesco, protagonista de desconocidas intenciones, a la vez que autora de unas memorias de 1.786 páginas. Para mayores complicaciones el manuscrito de las memorias se ha perdido, y Martínez Estrada, prologuista, tiene que manejar claves de muy dudosa autenticidad y teorizar sobre la personalidad y verdadero destino de Marta. Él insinúa, sucesivamente, que ella ha sido inocente, angelica, apasionada, traidora y licenciosa. La frase final de la obra deja perplejo al lector: «Todo lo que sigue es sencillamente estupendo». («Marta Riquelme», 244).

## 5. Martín Fierro sigue a la deriva

En lo horrendo, EME también compite con Sábato. Don Blas, protagonista de «La explosión», trata de sacar cadáveres de los escombros de una

fábrica después de una gran explosión, y es atacado por docenas de ratas que le trepan, le dan de cosquillas y le muerden. Sin embargo, el episodio es sólo una pesadilla y se despierta. «La inundación», por lo intenso del ambiente y de sus presentimientos, es probablemente su mejor cuento. Todo el pueblo se ha refugiado en una iglesia no terminada de construir sobre una colina, porque las lluvias no cesan desde hace muchos días. Se intensifica el hambre de los perros que aúllan afuera. Varios niños se enferman; dos se mueren. Logran entrar unos cincuenta perros y acaban con lo que queda de comida. Los padres de una niña muerta se niegan a enterrarla mientras los perros rodean su cadáver. Los esfuerzos de un médico, un viejo sacerdote y un profeta loco resultan ser inútiles. Hacia el fin alguien grita que el cielo ha empezado a despejarse y la gente sale corriendo de la iglesia. Pero pocos minutos después caen una gruesas gotas y recomienza el interminable proceso de la inundación. Así termina la historia sin fin.

A través de esos personajes en agonizante espera Martínez Estrada expresa una vez más su oscuro existencialismo: la única libertad verdadera es la manera particular en que cada uno experimenta el dolor humano, desde los arquetipos a la deriva de su *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* hasta la indescifrable protagonista de «Marta Riquelme». En la década anterior, *Radiografía de la pampa* fue el amplio prólogo histórico a las vidas de aquellos herederos del pecado original de América.

La experiencia de leer sus obras y las de Sábato no nos ofrece vías de salvación. Sin embargo, las mismas pasiones y fuerzas extrañas que mueven y conmueven a sus personajes importan más en su calidad de prueba que en la de condena, porque esa prueba es un modo de medir la voluntad, sensibilidad y salud espiritual del individuo. En el simposio dedicado a su obra en la State University of New York at Albany en abril de 1988, Ernesto Sábato declaró que «un poeta en nuestro tiempo es un semibárbaro en una sociedad semicivilizada». Me parece que esa circunstancia no es, en el mundo actual, exclusiva de los poetas. ¿Será el caso, más bien, de una existencia ampliamente compartida, en la que todos desempeñan un papel escrito por sus fantasmas?

Tal vez por su abundante documentación, sus minuciosos análisis y su extensión de 926 páginas, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* ha atraído menos atención que *Radiografía de la pampa*. Por eso mismo, hay que tener en cuenta el alcance de su visión histórica. *Muerte y transfiguración* es un ensayo de gran magnitud lírica en que se intenta —como en *Del sentimiento trágico* de Miguel Unamuno— una aclaración del dilema central del hombre contemporáneo. En ese intento EME parece compartir las intuiciones de Rousseau en *El contrato social*, de Thoreau en *Walden* y

aun de Cervantes en *Don Quijote*. Me refiero a la dualidad existencial del ser humano como (1) interrogante del mundo en sus aspectos múltiples y (2) —en conformidad con Max Scheler citado por Martínez Estrada— del ser humano que «posee una estructura personal» (*Muerte y transfiguración*, I, 402-403) para situarse, sea como el ensayista del bosque a orillas del lago Walden, como Don Quijote, el último de los caballeros andantes, o como Martín Fierro, el último —sin contar al más elusivo Don Segundo Sombra— de los gauchos desplazados.

Más allá de su circunstancia literal de hombre del campo y como tal (según EME) moralmente superior al hombre de la ciudad, Martín Fierro opone al saber «científico, técnico, sistemático» otro saber más íntimo que Martínez Estrada califica de «abierto, de metáfora, de fluir y sentir con las mismas cosas que acaecen en la vida». (*Muerte y transfiguración*, I, 403).

Es el mismo saber que nuestro lector de textos difíciles, tiempos ambiguos y territorios elusivos nos ofrece con esta sentida y contundente declaración: «Es la intuición, la vivencia del todo, del cosmos en el hombre, de lo absurdo e incoherente que constituyen las leyes de gravitación y de termodinámica de la historia que no se escribe, que es imposible registrar: es la verdadera historia del hombre viviente». (*Muerte y transfiguración*, I, 404).

Sin duda alguna, Martínez Estrada quiso *actualizar* el pasado argentino y latinoamericano, señalando repetidamente las consecuencias de ciertos excesos. Escribir como él lo hizo sobre Sarmiento (el inquieto patriarca) o el gaucho (huérfano) Martín Fierro o, con elogios, sobre José Martí, el último de los «grandes hombres», era, más que nada, un modo de iluminar problemas e imposibilidades del presente. Era la capacidad de ver, a través de las nebulosidades socioculturales del siglo, lo que nos acerca y perdura. Hay un paralelo entre algunas «invariantes» que él percibía en la historia argentina y una observación de Ernesto Sábato hace más de veinte años en una conversación con Jorge Luis Borges. Sábato dijo entonces que «la fatalidad es un hombre atraído por un destino, no empujado por una causa» (*La Maga*, 14). El porvenir, en otras palabras, es nuestro imán, la fuerza providencial que nos llama, la misma que determinó el cambio de nombres y la desaparición de Martín Fierro y sus hijos y Picardía por por cuatro caminos distintos.

**Peter G. Earle**

## Bibliografía

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, «Martínez Estrada en 1926», *Sur*, n° 295 (julio-agosto 1965), 49-54.
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, *Lejano ayer*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, 1966.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *La cabeza de Goliat*, Madrid: Revista de Occidente, 1970.
- — —. *Cuentos completos*, Madrid: Alianza Editorial, 1975.
- — —. *Radiografía de la pampa*, Madrid: Colección Archivos, 1991.
- — —. *Sarmiento*, Buenos Aires: Biblioteca Argos, 1946.
- MAY, ROLLO, *Power and Innocence*, New York: W.W. Norton, 1972.
- SABATO, ERNESTO, *Abaddón el exterminador*, Barcelona: Seix Barral, 1978.
- — —. *El escritor y sus fantasmas*, Barcelona: Seix Barral, 1979.
- — —. *Apologías y rechazos*, Barcelona: Seix Barral, 1979.
- — —. *El túnel*, Madrid: Ediciones Cátedra, 1980.
- — —. «Prólogo» a *Nunca más*, Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1986, pp. 7-11.
- — —. *Sobre héroes y tumbas*, Barcelona: Seix Barral, 1985. «El conversador (diálogo con Borges)»; *La Maga* (Buenos Aires), núm. 13 (1995), pág. 14.